

desnudos de Lorena sobre una alfombra percutida, luego sus piernas y el traje de bolitas negras y blancas que prolonga su escote hasta el vientre, pero eso es otra historia. Terminé por cerrar la revista y fijar los ojos en el vacío negro de la puerta. Como no sé quién lo escribió, yo estaba decidido a perderme, sólo aguardaba el canto de la sirena, que debía ser breve y sordo si no quería despertar a mi mujer. Para prevenir cualquier percance, me acerqué a su

recámara, sigiloso y sofocado, con los pasos en la escalera del edificio cada vez más cerca, quizá en el mismo piso de mi departamento. Lorena estaba a punto de llegar. Espiaba el sueño de mi mujer a través de una pequeña rendija en el instante en que todo se precipitó. Apenas pude volverme cuando los tres ladrones cruzaban la puerta, naturalmente jóvenes y enmascarados.

Leonardo Martínez Carrizales (México, D.F., 1966). Estudió Comunicación en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, profesor ahí mismo. Reseñista literario y narrador. Actualmente coordinador editorial de *Los libros tienen la palabra*.

Ilustración: Gonzalo Utrilla  
Diseño: Julio Bernal y  
Silvia Jasso

Este número aparece gracias al apoyo de anónimos y viejos simpatizantes de la tribu tunAstral y, además, del Instituto Mexiquense de Cultura.

Carta Literaria de la Tribu

tunAstral

Número 19. 25 de abril de 1994

Director general:  
Roberto Fernández Iglesias

Apoderada:  
Margarita Monroy Herrera

Dirección: Calle Porfirio Díaz 216  
Col. Universidad  
Toluca, México. C.P. 50130  
MÉXICO

Teléfono: (72) 19 54 36

Se solicita amistad, canje, correspondencia.  
Se responde por colaboraciones no solicitadas.



30 años  
1964-1994

Café literario tunAstral

Todos los lunes 20:00 hrs.

Septiembre de 1994

Mes de teatro

Día	Nombre	Evento
5	Alfonso Sánchez Arceche	(Historia del teatro en México)
	Eduardo Contreras	
	Leonardo Martínez Carrizales	
12	Jesús González Dávila	(Dramaturgia)
19	Willebaldo López	(Teatro biológico)
26	Antígona furiosa	(Teatro)

Restaurante Biarritz  
5 de Febrero esquina Nigromante  
Toluca, México.



carta literaria de la tribu

La suerte de aquel día

Leonardo Martínez Carrizales

19

La noticia de un robo y un disgusto sellaron la suerte de aquel día. La historia del robo es casi deletable; un chisme como tantos otros con los que se toma el café en el desayuno. Por la mañana los inquilinos del edificio comentaron la noticia con más entusiasmo que consternación, a pesar de la prisa de los niños camino a la escuela y la cita puntual de los oficinistas con su reloj checador; quizá todo el vecindario hizo lo mismo, no me consta. La versión que recogió mi esposa en algún zaguán dice que la tarde anterior, casi al anochecer, la recaudería de la esquina fue asaltada por tres hombres, naturalmente jóvenes, enmascarados y prófugos; el robo siguió a otros dos en el curso de un solo mes, todos por el rumbo. Una tintorería y el merendero de los taxistas. Asaltos modestos y pacíficos. La dueña de la recaudería y su ayudante -una mujer obesa y un retrasado mental, según la parca pero incisiva descripción de mi esposa- ni siquiera movieron las manos ante los tres delincuentes, o como quiera que mis vecinos llamen a ese trío de jóvenes enmascarados. Hasta aquí lo del robo; la historia del disgusto es un poco más elaborada pero igualmente deletable, y también se la debo a mi esposa, aunque no sólo a ella.

-Tenemos nueva vecina- me recibió en el barandal del pasillo, antes de llegar a la puerta del departamento. Casi puedo decir que estaba emocionada. Apenas unas cuantas horas habían bastado para que olvidara por completo la historia del robo que tanto la había impresionado por la mañana. Como es debido, sospeché de su arranque súbito de sociabilidad. «¡Adivina quién es!», gritó. Ya en la recámara, contesté que no sabía.

-¡Lorena!- rio abiertamente. Casi una carcajada. Sonreí con ella y me obligué a demostrar incredulidad. Una incredulidad sincera de ojos muy abiertos y mentón caído. Satisfecha, comenzó a referir lo que sabía; como siempre, era poco y apresurado. Una mudanza rápida, las

amor es la palabra / poesía, la acción

condiciones del contrato de arrendamiento, el trato con el dueño del edificio y hasta la identidad posible del fiador. Todo con una voz que apenas si podía dominar mientras corría del armario a la cama, a la cómoda, al buró, guardando mi ropa interior recién lavada, colgando sacos, amontonando zapatos.

Lorena fue una de mis novias en la facultad. La más fogosa y la menos imaginativa. Una morena pequeña, de senos y muslos desbordantes, blusas de colores estridentes y moños en la cabeza. Algo de mulata en el cuerpo, en la cara y en el carácter; también en el cabello y en el sudor: el sudor más penetrante que he conocido, varonil y tabernario en la hora más alta de la noche, sucio por la mañana. Mi esposa tuvo trato con ella casi al inicio de nuestra relación; un trato que nunca llegó al beso en la mejilla ni a más de diez palabras continuas. Nada más opuesto que ambas mujeres. Hace un año le perdí la pista a Lorena luego de perseguirla entre los comentarios poco educados de mis amigos. Terminé por olvidarla hasta que la casualidad la trajo al departamento número uno, el más pequeño, el de reputación más tormentosa en la historia del edificio. Quizá la trajo también un poco de insidia, no sé, las mujeres son inexplicables y, contra lo que se cree, poco moderadas. En cuanto a esto último, y por lo que se refiere a Lorena, no cabe la menor duda.

Conversé un poco más con mi esposa sobre el mismo punto mientras comíamos, recordamos algunas anécdotas hasta bien entrada la tarde, ella elogió sinceramente las piernas de la Lorena que conoció en la facultad y la cosa no pasó a mayores. Dormimos temprano un poco aturdidos por el vino de la sobremesa. A la mañana siguiente, me despertó el grito del repartidor del gas.

-Tu vecina ya compró su gas- dijo mi mujer.

No recuerdo mi respuesta pero sí la suya: una insinuación tan gratuita como infamante. Era preciso

disculparla: mi mujer padece la enfermedad de los celos y no lo sabe. Optamos por un desayuno en silencio, me despedí con una palabra y salí al trabajo. En la tarde, con cualquier pretexto, volvió a la carga. La escena fue bochornosa. Todo el edificio registró los alaridos y las injurias excepto la nueva vecina que suele permanecer fuera, ahora lo sé, el día entero. Preferí abandonar el departamento por el resto de la tarde cuando se me acabó la voz; busqué a un par de amigos en sus casas sin encontrarlos, sin querer encontrarlos, y terminé la noche en un café. Regresé a casa pasadas las doce caminando lentamente el trecho que va del metro a casa. Mi esposa dormía o fingía dormir. El edificio entero dormía apaciblemente, piso por piso, puerta por puerta. Ya en casa, me preparé otro café y me senté a la mesa del comedor a leer una revista bajo la luz amarillenta de una lámpara de pie, decidido a consumir el resto de la noche sin llamar la atención. Los problemas tendrían que irse con esa noche lenta, tranquila, pálida sobre el papel mate de la revista. Sin embargo, el recuerdo de una imagen inmediata comenzó a distraerme de la lectura; primero su tímido llamado entre los párrafos; al final, una voz enérgica que nada pudo hacer contra el sueño de mi mujer. Las escaleras del edificio después de haber cerrado el zaguán con doble llave, el primero de los descansos, el más iluminado por las balastras, y a través de la ventanilla del baño del departamento uno, el fragmento de un traje de baño colgado en la regadera. Apenas un trapo arrugado con bolitas negras y blancas, de una sola pieza y con los tirantes cruzados; de esos trajes que tardan tan poco en secarse como en mojarse, cosa extraña. Aunque las bolitas negras y blancas me eran familiares decidí no pensar en ellas. Mejor leer. Claro está que no pude.

No pude por lo que ya se sabe, pero también por un ruido que subió desde la planta baja a tocarme el hombro, un grupo de ruidos que lo mismo hubieran podido ser una cubeta contra el suelo, un portazo, alguien que tropieza con un mueble. Desde mi

llegada había decidido abrir la puerta del departamento porque hacía calor. Es una costumbre, así permanezco en las noches inquietas cuando pierdo un poco el tiempo antes de conciliar el sueño y leo sin entender nada, pongo garabatos en las hojas de una libreta de pastas duras y aguardo que suceda algún absurdo. Así hasta sentir el peso de los párpados y una ligera irritación en los ojos: las señas del sueño. De modo que pude percibir otro ruido, si cabe decirlo, cauteloso. Siempre en el primer piso. Con la revista abierta sobre las piernas, el calor nocturno y la inquietud que me había dejado la suerte de aquel día, era difícil no pensar una vez más en las bolitas negras y blancas de aquel trapo, en las piernas de Lorena que elogió mi mujer, que mi mujer no tenía más remedio que elogiar por sus carnes bien puestas, por la línea marcada de los músculos y el sol impreso en su piel para siempre. Entonces, como tantas noches de insomnio, la mano distraída sobre el sexo trazando círculos en la entrepierna, acariciándolo sobre la gabardina del pantalón, delineando el volumen del bulto con esmero, con atención, pero sin mucha atención, sin mucho esmero. Lorena bien podía acecharme desde la oscuridad de su pequeño departamento, reconocer mis pasos, seguirlos, espiarme. Lorena bien podía sorprenderme con los ojos fijos sobre la revista y a espaldas de mi mujer, encerrada en la recámara; bien podía hacer una seña y llevarme con ella. Todo con facilidad y en silencio, con una delicadeza y una eficacia que los tres amigos enmascarados de la recaudería no conocieron.

Mientras decidía si la acompañaría o no, los ruidos continuaron un poco más cerca, un piso arriba, quizá dos, siempre cautelosos. Hasta pude reconocer en aquellos sonidos los pasos

